

IX

Es el 10 de Agosto el día que tiene Juan que volver á Longueval.

Bettina se despierta muy temprano, se levanta y corre en seguida á la ventana. Un gran sol atraviesa por las cortinas de las ventanas y ya disipa los vapores de la mañana. El cielo la vispera por la tarde estaba amenazando, cargado de nubes. Bettina ha dormido poco, y toda la noche se decía:

—¡ Si no lloviera mañana!

Va á hacer un tiempo admirable. Bettina es un poco supersticiosa, y eso le da buena esperanza y buen valor. El día principia bien y concluirá mejor.

Mr. Scott ha vuelto ya hace algunos días. Bettina le esperó en el muelle del Havre, á la llegada del paquebot, con Suzie y los niños, Ricardo los besó tiernamente y por muchas veces, y después, dirigiéndose á su cuñada, la dijo riéndose:

—Con que ¿cuándo es la boda?

—¿Qué boda?

—Con el Sr. Reynaud.

—¡ Ah! ¿mi hermana os lo ha escrito?

—¿ Suzie? No... Suzie no me ha dicho una palabra... Tú, Bettina, eres la que me lo has escrito. En todas tus cartas, hace dos meses, no me hablas de otra cosa que del oficial.

—¿ En todas mis cartas?

—Sí, sí... y me escribías más á menudo y más extenso que de costumbre. No me quejo; pero, en fin, te pregunto cuándo me presentas á mi cuñado.

Se lo dice por broma al hablarle así, pero Bettina le responde:

—Yo creo que pronto.

Mr. Scott se entera de que el asunto es formal. A su vuelta, en el vagón, Bettina le pide sus cartas. Ella las vuelve á leer y ve que en todas las páginas se trata de él. Encuentra allí contadas, con sus más mínimos detalles, su primera entrevista, y se describe el retrato de Juan en el jardín de la casa del cura, con su sombrero de paja y la ensaladera de loza... y además D. Juan, y ¡ siempre D. Juan! Descubre que le quiere hace mucho tiempo, sin haberlo sabido.

Conque decíanos que era el 10 de Agosto. El almuerzo concluye en el castillo. Harry y Bella están impacientes. Saben que el regimiento debe, de una á dos, atravesar por el pueblo. Les han prometido llevarlos á ver pasar los soldados, y tanto para ellos como para Bettina, la vuelta del 9.º regimiento de artillería es un gran acontecimiento.



—Tía Betty, dijo Bella, tía Betty, vendrás con nosotros.

—Sí, ven, dijo Harry, ven para que veamos á nuestro amigo Juan montado en su caballo gris.

Bettina se resiste y rehusa, y sin embargo, ¡qué deseos tan grandes tiene! Pero no, ella no irá, no verá á Juan hasta la noche, para tener con él esta explicación decisiva, para la que está preparándose hace veinte días.

Los niños marchan con las ayas. Bettina, Suzie y Ricardo van á sentarse en el parque, al lado del castillo, y una vez instalados:

—Suzie, dice Bettina, tengo que recordarte tu promesa. ¿Te acuerdas de lo que pasó entre nosotras la tarde de su marcha? Convinimos en que el día de su vuelta te diría:—Suzie, estoy segura de que le quiero—y quedamos conformes en que me permitirías dirigirme francamente á él y pedirle si me quería por mujer.

—Sí, te lo prometí. Pero ¿estás bien segura?

—Completamente segura. Te prevengo que tengo la intención de traerlo... mira, aquí mismo, añadió ella riéndose, en este banco... y expresarme en un lenguaje como el que tú usaste con Ricardo... A ti te salió bien, Suzie... eres muy feliz. Yo también lo quiero ser. Ricardo, Suzie te ha hablado de Mr. Reynaud.

—Sí, y ella me ha dicho que de ningún hombre tenía mejor opinión...

—Pero también os ha dicho que sería para mí un casamiento un poco pacífico, un poco vulgar...

¡Ay! pícara hermana. Sabes tú, Ricardo, que no puedo quitarle el temor que tiene metido en la cabeza. No comprende que yo quiero antes que todo amar y ser amada. ¿Podrás creer que la semana pasada me ha tendido una red espantosa? ¿Tú sabes que en la sociedad hay un príncipe Romanelli?

—Sí, y has querido ser princesa.

—Esto no creo que hubiera sido muy difícil. Pues bien; el día que tuve la imprudencia de decir á Suzie que el príncipe Romanelli, en rigor, me parecía aceptable, ¿puedes imaginarte lo que hizo? Los Turner estaban en Trouville. Suzie tramó esta pequeña conspiración. Hicieron almorzar al príncipe... pero el resultado fué desastroso... Aceptable, había dicho yo... Las dos horas que estuve con él, las pasé sólo ocupada en preguntarme cómo había yo podido darle semejante palabra... No, Ricardo, no, Suzie, yo no puedo ser princesa ni marquesa. Quiero ser Mad. Reynaud... Si Juan Reynaud quiere... y esto no es todavía cierto...

El regimiento entraba en el pueblo y bruscamente una charanga marcial y alegre se oyó en el espacio. Los tres guardaron silencio. Era el regimiento, era Juan que pasaba... El sonido disminuyó, se apagó y Bettina repuso:

—No, esto no es cierto. El me quiere, sin embargo, y mucho; pero sin saber lo que yo soy. Pienso que merezco ser amada de otro modo, y que no le causaría tanto miedo si mejor me co-



nociera, y por esta razón pido el permiso de hablar con él esta tarde, con el corazón en la mano.

—Nosotros te damos el permiso, respondió Ricardo, te lo damos los dos... Sabemos que no harás nada que no sea noble y generoso.

—Por lo menos, probaré.

Los niños vinieron corriendo. Han visto á Juan, estaba todo blanco de polvo, y les ha dado los buenos días.

—Solamente, añadió Bella, no ha sido guapo; se detuvo sin hablarnos... generalmente se para, y esta mañana no ha querido.

—Sí, ha querido, respondió Harry, porque ha hecho un movimiento como para bajarse... y después se arrepintió y siguió.

—En fin, no paró, y ¡es tan divertido hablar con un militar, y sobre todo cuando va á caballo!

—Y no es eso solamente, sino que le queremos mucho á Juan. ¡Si tú supieras, papá, qué bueno es, qué bien sabe jugar con nosotros!

—¡Y qué bonitos dibujos hace!... Harry, ¿te acuerdas de aquel polichinela tan raro, con su bastón?

—Y el gato; había un gato lo mismo que en Guignol.

Los dos niños se alejaron hablando de su amigo Juan.

—Decididamente, dijo Mr. Scott, todo el mundo le quiere en la casa.

—Y tú harás lo mismo cuando le reconozcas, respondió Bettina.

El regimiento tomó el trote en la carretera al salir del pueblo... Ahí está la terraza donde estaba Bettina la otra mañana... Juan dijo: «¡Si ella estuviese ahí!» Lo teme y lo espera al mismo tiempo... Levanta la cabeza y mira... ¡No está!...

¡No la he vuelto á ver! No la volveré á ver más... en mucho tiempo al menos. Va á marchar esta misma noche á las seis, á París. Uno de los directores del ministerio de la Guerra se interesa por él. Va á ver si consigue que lo envíen á otro regimiento.

Juan ha reflexionado mucho allá, solo, en Cercottes, y este es el resultado de sus reflexiones: no puede ni debe ser el marido de Bettina.

Los soldados echan pie á tierra en el patio del cuartel. Juan se despide de su coronel y de sus compañeros. Todo ha concluido. Es libre, y puede marcharse... Sin embargo, no se marcha. Mira á su alrededor y piensa... ¡Qué dichoso era hace tres meses, cuando salía de este gran patio, á caballo entre el ruido de los cañones rodando sobre las piedras de Souvigny! ¡Con qué tristeza se va hoy! Su vida de otras veces... ¿en dónde estaba ya?...

Entra y sube á su casa. Escribe á mad. Scott. La dice que asuntos del servicio le obligan á salir al instante mismo y no podrá comer en el castillo. Ruega á Mad. Scott que dirija un recuerdo á Bettina... ¡Bettina!... ¡Ay! apenas puede escribir este nombre!... Cierra la carta... En seguida la enviará.



Hace sus preparativos de marcha, y después dirá «adiós» á su padrino. Esto es lo que más le cuesta. No le dirá más que es una ausencia de poco tiempo.

Abre los cajones de su mesa para tomar dinero. La primera cosa con que tropieza es una cartita de papel azulado. Es la única esquelita que tiene de ella:

«¿Quiere usted tener la bondad de remitir al dador el libro de que usted me habló anoche?... Será quizás un poco serio para mí... Sin embargo, voy á tratar de leerlo... Hasta luego. Venga usted lo más pronto posible.»

Está firmada «Bettina». Juan leyó, y aún volvió á leer otra vez estas líneas... Pero ya no podía más... Sus ojos se nublaban.

—¡Es todo lo que me quedará de ella! se dijo él.

En el mismo momento el padre Constantino está hablando con Paulina. La situación financiera es admirable. ¡Más de dos mil francos en caja! Y los votos de Suzie y de Bettina colmados: ya no habrá pobres en todo el país. La vieja Paulina tiene por momentos escrúpulos de conciencia.

—Me parece, señor cura, dijo ella, que damos quizás demasiado. Empieza á saberse por los pueblos de alrededor que aquí se hace la caridad en oficinas abiertas. ¿Sabe usted lo que podrá suceder algún día? Que vendrán á establecerse los pobres en Longueval.

El cura da cincuenta francos á Paulina, y ésta

sale á llevárselos á un pobre que se ha roto el brazo, al caerse de una carreta de heno.

El padre Constantino se queda solo en su casa. Está pensativo. Ha acechado el regimiento al pasar, pero Juan no se ha detenido más que un instante, y tenía el aire triste. Hace ya algún tiempo que el cura había notado que su buen humor y su alegría de otros tiempos no existía. Esto le había inquietado, creyendo uno de esos pesares de juventud que no le importaban á un pobre viejo cura. Pero la preocupación de Juan era cada día más marcada.

—Vendré en seguida, padrino mío, tengo que hablaros, había dicho Juan.

Y se marchó bruscamente. El cura no había tenido tiempo de dar á Lulú su terrón, ó más bien dicho, sus terrones de azúcar, porque se había echado cinco ó seis en el bolsillo, considerando que Lulú había merecido este gran premio por diez días de jornadas y una veintena de noches pasadas á la luz de las estrellas. Por otra parte, desde que Mad. Scott se había instalado en el castillo, Lulú tenía bastante á menudo muchos terrones de azúcar. El cura Constantino se volvía gastador y pródigo; se sentía millonario; el azúcar del caballo de Juan era una de sus locuras. Un día estuvo á punto de dirigir á Lulú su eterno discursito:

—Esto viene de las nuevas castellanas de Longueval. Ruega á Dios esta noche por ellas.



Eran las tres cuando Juan llegó á la casa del cura, y éste le dijo en seguida:

—Me has dicho que tenías que hablarme... ¿De qué se trata?

—De una cosa, padrino mío, que le va á sorprender, á entristecer, y que á mí también me da pena. Vengo á despedirme de usted.

—¡Despedirte de mí! ¿Qué te marchas?

—Sí, me marchó.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo... dentro de dos horas.

—¡Dentro de dos horas! Pero si debemos comer esta tarde en el castillo.

—Acabo de escribir á Mad. Scott disculpándome. Me es preciso marcharme.

—¿En seguida?

—En seguida.

—¿Y á dónde vas?

—A París.

—¡A París! ¿Y por qué te has tomado esta determinación tan imprevista?

—No es tan imprevista. Hace ya bastante tiempo que tengo pensado esto.

—¡Y nada me has dicho!... Juan, á ti te pasa algo... Tú eres ya un hombre y no tengo el derecho de tratarte como un niño, pero ya sabes lo que te quiero... Y si tienes mortificaciones y aburrimientos, ¿por qué no me lo dices? Yo puedo darte un consejo bueno. Juan, ¿por qué te vas á París?

—Yo querría mejor no decírselo á usted... por-

que le va á dar pena... pero usted tiene derecho de saberlo. Voy á París para pedir que me destinen á otro regimiento.

—¡A otro regimiento! ¡Dejar Souvigny!

—Sí, precisamente dejar á Souvigny... por algún tiempo... por poco tiempo; pero en fin, dejar á Souvigny es lo que quiero, es lo que necesito.

—Y dime, Juan, ¿tú no piensas en mí?... ¡Por poco tiempo... poco tiempo! Pero eso es lo que me queda á mí que vivir, poco tiempo, y durante los últimos días que yo deba á la bondad de Dios, será mi felicidad, Juan, sí, mi felicidad tenerte á mi lado, cerca de mí. ¡Y tú te vas á separar de mí! Juan, espera un poco, ten paciencia, que no será mucho; espera que Dois me flame á su lado, espera que yo vaya allí á encontrar á tu padre, á tu madre... No te vayas, Juan, no te vayas.

—Si usted me quiere, yo también le quiero... y usted bien lo sabe...

—Sí, lo sé.

—Tengo hacia usted el mismo cariño que le tenía cuando era pequeño, cuando usted me recogió, cuando usted me educó. Mi corazón no ha cambiado, ni cambiará nunca... Pero si el deber y el honor me obligan á ausentarme...

—¡Ah! si es el deber, si es el honor!... Entonces no digo nada, Juan... Todo se debe posponer á esto, ¡todo, todo! Yo te he conocido siempre con buen criterio de tu deber y buen juez de tu honor... Marchate, hijo mío, marchate. Nada te preguntaré. Nada quiero saber.



—Pues bien; yo quiero decir á usted todo, dijo Juan, vencido ya por su emoción. Mejor es que lo sepa usted todo; usted se queda aquí, usted seguirá yendo al castillo... ¡usted la volverá á ver!

—¿Quién... es ella?

—Bettina.

—¡ Bettina!

—¡ La adoro, padrino mío, la adoro!

—¡ Oh! pobre hijo mío.

—Perdóneme usted el hablarle de estas cosas... pero se las digo como se las diría á mi padre. Y además... no he podido nunca hablar á nadie de esto, y esto me ahoga... Sí, es una locura que poco á poco se ha ido apoderando de mí, á pesar mío, porque usted comprenderá bien... ¡ Dios mío! Aquí mismo me enamoré de ella. Ya sabe usted cuando vino con su hermana... los cartuchitos de mil francos... sus cabellos que se soltaron... y por la tarde, el mes de María... Después me ha permitido verla con toda libertad, con toda familiaridad... y usted mismo, sin cesar, hablándome de ella, me hacía admirar su dulzura, su bondad. ¡ Cuántas veces me ha dicho usted que no había otra cosa mejor en el mundo!

—Y yo lo juzgaba entonces así... y lo pienso ahora todavía... y nadie aquí la conoce mejor que yo, porque yo sólo la he visto en casa de los pobres. Si tú supieras, en nuestras excursiones de las mañanas se mostraba tan cariñosa y tan

valiente! Ni la miseria ni los sufrimientos la asustaban... Pero hago mal en decirte todo esto...

—No, no, no quiero volver á verla más, pero quiero siempre oír hablar de ella.

—Tú no encontrarás en tu vida, Juan, mujer mejor en el mundo y que tenga sentimientos más elevados. Hasta tal punto es esto cierto que un día—ella me trajo en un coche descubierto que iba lleno de juguetes—llevaba estos juguetes á una niña enferma, y al dárselos para hacerla reír, para divertirla, la hablaba con tanto mimo que yo no hacía más que pensar en tí, y me decía, me acuerdo ahora mismo: «¡ ay! si ella fuera pobre!»

—¡ Sí, si ella fuera pobre! Pero no lo es.

—¡ Oh! no... En fin, ¿qué quieres, pobre hijo mío? Si te hace daño verla, vivir á su lado, como es preciso, antes que todo en este mundo, que tú no sufras, es lo principal... vete, sí, eso es, vete... pero sin embargo... sin embargo...

El anciano sacerdote se puso muy pensativo, dejó apoyar su cabeza entre sus manos y permaneció algunos instantes silencioso y después continuó:

—Pero... sin embargo, Juan, ¿sabes en lo que pienso? Ya sabes cuántas veces he visto á Bettina desde su llegada á Longueval. Pues bien; pienso y me acuerdo—y no me extrañaba entonces, es más, me parecía natural que se interesase por tí—pero en fin, pienso y recuerdo que ella me hablaba siempre de tí, siempre, sí, siempre de tí.



—¡De mí!

—Sí, y de tu padre y de tu madre. Tenía mucha curiosidad de saber cómo vivías tú, y me preguntaba que le explicara lo que era la vida de un soldado que tiene cariño á su oficial y lo desempeña en conciencia. Es una cosa bien rara por cierto; desde que tú me has dicho eso, mi cabeza trata de reunir todos sus recuerdos. Mil cosillas se reunen y vienen á mi imaginación... De modo que ha vuelto ella del Havre anteayer á las tres. Pues bien, no hacía aún una hora que había llegado, cuando ya estaba aquí. Y sólo de ti fué en seguida lo primero que me habló. Me preguntó si tú me habías escrito, si no habías estado malo, cuándo llegarías, á qué hora, y si el regimiento pasaría por el pueblo.

—Es inútil, padrino mío, que usted busque tanto recuerdo.

—No, no es inútil... ¡Parecía que se ponía tan contenta y tan dichosa en pensar que iba á verte á ver! Esta comida de esta tarde es un gran acontecimiento para ella... debía presentarme á su cuñado que ha llegado. No hay nadie en este momento en el castillo, ni un solo invitado. Insistía mucho sobre este punto—y me acuerdo de su última frase,—estaba inmóvil en la puerta: «Seremos cinco, me dijo ella, usted y el señor Juan, mi hermana, mi cuñado y yo.» Y añadió riéndose: «Una verdadera comida de familia.» Y al decir esto echó á correr, y se escapó. ¡Una verdadera

comida de familia! ¿Sabes lo qué creo Juan, lo sabes?

—No hay que creer en ciertas cosas, padrino, no hace falta...

—Juan, yo creo que te quiere...

—¡Y yo también lo creo!

—¡Tú también!

—Cuando la dejé, hace veinte días, ¡estaba tan agitada, tan emocionada! Me veía triste y desgraciado. No quería dejarme marchar. ¡Estaba en la gradería de la puerta del castillo! Me vi obligado á huir, sí... á escaparme, porque sino iba á hablar, á reventar de una vez, á decirse todo. Después de haber dado cincuenta pasos me detuve y me volví. No podía verme, porque era una noche muy oscura. Pero yo sí la veía. Se quedó allí inmóvil con los hombros y los brazos desnudos recibiendo la lluvia, y mirando al sitio por donde yo me había marchado. Puede ser que yo sea un loco en pensar que... Puede ser que no haya sido más que un sentimiento de lástima, porque ¿sabe usted lo que ha hecho el día siguiente por la mañana? Vino á las cinco con un tiempo espantoso á verme pasar por la carretera con el regimiento, y allí ¡de que manera me dijo adiós!... ¡Ah! padrino mío ¡padrino mío!

—¡Pero entonces, dijo el pobre cura todo trastornado y desorientado, pero entonces no entiendo nada de esto. Si tú la quieres y ella te quiere!

—Pues precisamente por eso es por lo que yo necesito marcharme. ¡Si no hubiera en todo esto



más que yo! Si yo supiera con seguridad que ella no se había dado cuenta de mi cariño, que no estuviera cierta de haberme enamorado! me quedaría... me quedaría... sí, aunque no fuera más que por el placer de verla, y la querría desde lejos sin esperanza ninguna, nada más que por la felicidad de amarla... Pero no, ella lo ha comprendido perfectamente... y lejos de desanimarme... en fin, esto es lo que me obliga á marcharme...

—No, no comprendo nada. Yo sé bien, pobre hijo mío, que estamos hablando de cosas en las que no soy muy entendido... pero en fin, vosotros sois los dos, buenos jóvenes, encantadores... tú la quieres... ella te quiere... y tú no podrías!...

—¡Y su dinero! padrino, y su dinero!

—¡Qué importa su dinero! ¡Su dinero no es nada! ¿Es por su dinero por lo que la has querido? Es más bien, á pesar de su dinero. Tu conciencia, querido Juan, estará siempre tranquila respecto á este punto, y basta.

—No, no basta. Tener una buena opinión de sí mismo no es bastante; es preciso que esta opinión sea aceptada por todos los demás.

—¡Ay! Juan entre todos los que te conocen, ¿quién puede dudar de ti?

—¿Quién sabe? y además hay otra cuestión más esencial que la del dinero, otra más seria y más grave. No soy yo el marido que la conviene.

—¿Y quién hay más digno que tú?

—No se trata de buscar otro que pueda valer más que yo, se trata de considerar quién es ella

y quién soy yo; se trata de saber cuál es su vida y cuál debe ser la mía... Un día, Pablo—ya sabe usted la manera un poco brusca que tiene él de decir las cosas... aunque muchas veces esto da al pensamiento más claridad,—se trataba de ella... Pablo no se para en pelillos... por lo demás... es bueno... y no debía haber hablado de este modo. ¡Pues bien! me dice: «Lo que le hace falta es un marido que sea todo, todito para ella, exclusivamente para ella, un marido que no tenga más distracción que hacer de su vida una fiesta perpetua, en fin, que le dé todo lo que necesite con su dinero.» Usted me conoce bien... Un marido así no puedo, no debo serlo yo. Soy soldado, y quiero seguir siendo soldado. Si los azares de mi carrera me llevaran un día de guarnición á la Argelia, ¿puedo yo obligarla á seguirme? ¿Puedo yo condenarla á esa existencia de mujer de soldado, que en resumidas cuentas es un poco la existencia del soldado? Piense usted en la vida que hace hoy con todo ese lujo, y todos esos placeres!

—Sí, dijo el cura, esto es más serio que la cuestión del dinero.

—Y de tal modo serio, que no hay duda posible. Durante estos veinte días que he pasado, allá abajo, solo en el campamento, he pensado bien es todo esto... y no he pensado más que en esto... y quiriéndola, como la quiero, es necesario que las razones sean tan poderosas para que yo vea bien claramente cuál es mi deber. Debo irme le-



jos... bien lejos, lo más lejos posible. Esto me hará sufrir mucho... ¡pero no debo verla! ¡No debo volver á verla más!

Juan se dejó caer en un sillón al lado de la chimenea, y se quedó anonadado. El anciano sacerdote le miraba.

—¡Verte desgraciado! ¡pobre niño! ¡y que tanto dolor caiga sobre ti!... ¡Es muy cruel, y muy injusto!

En este momento llamaron á la puerta.

—¡Ah! dijo el cura... no tengas cuidado, Juan... yo despediré á quien sea...

El cura se dirigió á la puerta, la abrió y se retiró asustado de haber visto una inesperada aparición.

Era Bettina... En seguida vió á Juan y... yéndose derecha á él:

—Usted aquí, exclamó ella... ¡oh! ¡cuánto me alegro!

El se levantó... ella le cojió las dos manos, y dirigiéndose al cura:

—Dispéñeme usted señor cura, si me dirijo primero á él... á usted le he visto ayer... y á él, no le he visto hace veinte largos días, y después de cierta noche en que salió de casa triste y delicado.

Ella seguía apretando las manos de Juan, que no tenía fuerza para hacer un movimiento ni pronunciar una palabra.

—¿Y ahora, continuó Bettina, está usted ya mejor? No... todavía no... ya lo veo... aún triste...

¡ah! ¡que bien he hecho en venir!... ¡He tenido una buena inspiración! Sin embargo, me turba un poco, bastante sí, encontrarle á usted aquí, usted lo comprenderá en cuanto oiga lo que vengo á pedir á su padrino.

Dejó las manos ardientes de Juan, y volviéndose al cura:

—Vengo señor cura, á rogaros que oigáis mi confesión... sí, mi confesión... Pero no trate usted de marcharse, caballero Juan, haré mi confesión públicamente. Hablaré con mucho gusto delante de usted... y aun creo que así será mejor... si quiere usted... nos sentaremos.

Se sentía ella llena de confianza y valor. Tenía fiebre, pero la fiebre que da en el campo de batalla al soldado, el ardor, el heroísmo, y el desprecio del peligro. La emoción que hacía latir el corazón de Bettina más de prisa que de costumbre era una emoción alta y generosa. Ella se decía:

—¡Quiero ser amada! ¡quiero amar! ¡quiero ser dichosa! ¡quiero que él sea dichoso! Y puesto que no tiene valor para ello, á mí me toca tenerlo por los dos, y andar el camino sola, con la cabeza erguida, el corazón tranquilo, para conquistar nuestro amor, ¡y nuestra felicidad!

Bettina, en sus primeras palabras, tomó ya sobre el cura y sobre Juan, un completo ascendiente. Ellos la dejaron hablar, y la dejaron hacer. Conocían que la ocasión era suprema, que lo que iba á pasar era decisivo, irrevocable, pero que ni



uno ni otro lo podían prever... Se quedaron dócilmente y casi automáticamente sentados. Esperaban, escuchaban... Entre estos dos hombres cohibidos, Beñina solamente tenía sangre fría... Y con una voz clara y precisa empezó:

—Les diré á ustedes, en primer lugar señor cura, y para dejar tranquila su conciencia, que estoy aquí con el permiso de mi hermana y mi cuñado; saben por el motivo que he venido, y saben lo que voy á hacer. No solamente lo saben sino que lo aprueban. ¿Lo han comprendido ustedes? ¡Pues bien! lo que me trae aquí, es su carta de usted señor Juan, esta carta que ha escrito usted á mi hermana, diciendo que no podía usted esta noche venir á comer con nosotros, porque se veía usted completamente precisado á salir de viaje. Esta carta descompone todos mis proyectos. En efecto, esta tarde—siempre con el permiso de mi hermana y mi cuñado,—yo quería después de la comida llevar á usted al parque, señor Juan, sentarme en un banco—y hasta he tenido la niñería de haberlo escogido con tiempo,—y allí, haberle dirigido á usted un pequeño discurso, muy preparado, muy estudiado, casi aprendido de memoria, porque después que usted se marchó no he pensado en otra cosa más que en el referido discursito. Yo me lo relataba á mí misma, desde por la mañana hasta por la noche. He ahí lo que me proponía hacer, y usted comprenderá que su carta... Me ha puesto muy perpleja... He reflexionado, sin embargo,

y me he dicho, que si yo dirigía mi discursito á su padrino de usted sería poco más ó menos, como si se lo dijera á usted mismo. He venido, señor cura, para rogar á usted que tenga la bondad de escuchármelo.

—Ya la escuchó á usted, señorita, balbuceó el cura.

—Soy rica, señor cura, muy rica, y para hablarle á usted francamente, me gusta mucho mi dinero; sí, ¡me gusta muchísimo! Le debo todo el lujo que me rodea, y que confieso que este lujo—esta es mi confesión—no me es de ningún modo desagradable. Mi única excusa es que soy muy joven y esto pasará con la edad. Pero, en fin, no hay nada seguro. Tengo otra disculpa: es que quiero un poco á mi dinero por los agrados que me proporciona; le quiero mucho por el bien que permite se haga á mi alrededor. Lo quiero como una egoísta, si usted quiere, por el mismo placer que me causa... En fin, creo que mi fortuna no está mal colocada en mis manos. Pues bien, señor cura, lo mismo que usted está encargado de las almas, me parece que yo estoy encargada del dinero. Me he dicho siempre: «Quiero que mi marido sea, antes que todo, digno de partir conmigo esta gran fortuna; quiero que esté seguro de que hará buen uso de ella, y conmigo, mientras que yo esté á su lado, y después que conmigo, si debo de irme la primera de este mundo.» Me decía aún otro cosa... Me decía: «El que haya de ser mi marido, quiero amarle con todas mis fuerzas.»